

triumfo

Ella

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

PRIMAVERA Y LAS NOVIAS

Para casarse, cuando se está enamorada, cualquier fecha es buena; pero un día de primavera es ideal. El cielo está más azul que nunca, hay flores en todos los rincones y la naturaleza presta un aire suntuoso al más simple de los viajes de bodas.

La ilusión de ese día único e inolvidable es el clásico traje blanco que luego puede convertirse en vestido de cóctel o gala, sólo con hacerle algunas pequeñas modificaciones.

Para las novias de estos días ofrecemos cuatro modelos, en distintas líneas y estilos.



De línea casi monaca, realizado en gruesa seda blanca. Diadema y manto del mismo tejido. Vara de azucenas en la mano.

Simple y elegante vestido de seda brochada con pliza marcando talle alto y cola. El velo llega por detrás hasta la cintura.





De decidida influencia romántica, con cuerpo de encaje y aplicaciones del mismo encaje sobre la falda amplia de tul. Velo corto sujeto con flores.



Vestido de raso blanco. La falda, recta, se abre en una pequeña cola. Bolero con vistoso motivo de flores en la cintura y en las mangas tres cuartas.

"CASAMIENTO Y MORTAJA..."

EL antiguo refrán, como todos saben, asegura que bajan del cielo. Pero a nosotras nos parece que dejar el casamiento solo al cuidado de la Providencia, es tan cómodo e ilógico como pretender que nuestro santo patrón nos haga ganar unas oposiciones sin que hayamos abierto un libro en todo el año y por mucho dinero que hubiésemos gastado en velas.

Tal vez, con respecto al matrimonio, sea más adecuado aquel otro refrán que dice "A Dios rogando y con el mazo dando". No porque creamos en la eficacia del mazo para vencer las posibles resistencias del elegido y llevarlo inconsciente a la vicaría —no somos en absoluta partidaria de estos primitivos recursos—. Pero sí, porque nos parece útil el verdadero sentido del refrán: que las cosas que deseamos se logran cuando las ayudamos a lograrse. Cuando no nos sentamos a un costado del camino para ver si vienen o no, sino yendo a su encuentro y quitando de su ruta los obstáculos que pueden impedirles llegar hasta nosotras.

Todos conocemos alguna mujer que tiene de sí misma una idea tan superlativa que jamás encuentra a un hombre digno de hacerla su esposa.

Desde pequeña, la familia y los amigos le han repetido millones de veces que es monísima —lo es—. Luego, de mayor, aprendió piano, cultura general y baile. Sus padres se esforzaron por vestirla lo mejor posible y mandarla a las playas de

moda. ¿Qué tiene de extraño, pues, que llegada a la "edad de merecer" piense que merece un hombre guapo, inteligente, sensible, rico, de buena familia y enamorado de ella como un loco?

Aquí empiezan las dificultades. Porque si bien es verdad que existen hombres que poseen algunas de esas cualidades, también es cierto que ninguno las tiene todas juntas.

Sin embargo, la jovencita, testaruda, se dice: "Alguno habrá..." Y convencida de que si existe ha de ser para ella —¿quién con más méritos?— va desengañando uno tras otro a los muchachos que la pretenden, con un altanero "no, yo no pienso casarme..."

Si fuera verdad, estaría muy bien. No hay por qué casarse con un hombre que no representa el ideal soñado. Lo malo está en dejar que los sueños se vuelvan locos y fijen ese ideal en una mezcla imposible de Paul Newman, Einstein, Romeo, Picasso y el Nizam de Hyderabad.

Los años pasan para la jovencita del cuento, dejará de ser joven, llegará a la vejez y seguirá soltera. No ha habido marido para ella. Aquel tan guapo, tan atlético, que comía terrones de azúcar y nueces a todas horas, era un poquito simple. No. El que tenía un "Jaguar" de mañana, otro de tarde y otro de noche, media un metro sesenta y empezaba a quedarse calvo. Tampoco. El intelectual que le escribía unos versos maravillosos no tenía donde caerse muerto —aunque para morir-

se cualquier sitio vale— y el jovencito que la amaba hasta el punto de querer morir por ella no tenía ni biceps, ni "Jaguar", ni apellido importante, ni verso que pudiera llamar suyo.

"Le ha faltado suerte", dicen los allegados de la muchacha que ya va para mujer madura. Pero no dicen: "Le ha sobrado tontería".

Tal vez, si alguien se hubiera atrevido a decirlo, en su juventud, ahora no estaría sola y amargada. Hubiera comprendido que ni ella era tanto ni los otros tan poco. Que el amor escapa cuando ve vanidad, cálculo, exigencia desmedida. Que la felicidad es posible sin boda espectacular, sin equipo de seda natural hecho a mano, sin piso en zona residencial, sin apellidos que tengan antecedente en la historia, sin pelo rubio, sin estatura de vikingo, sin versos.

Aparece cuando menos se piensa y cuando menos se cree uno con derecho a ella. Sencillita, sin alharacas; pero verdadera. Como vale la pena la felicidad.

La chica del cuento hubiera sido dichosa con alguno de sus pretendientes si hubiera dejado que su corazón apreciara las cualidades que tenían y no las que les faltaban.

Cosa que habrán hecho, sin duda, todas las novias que en esta época empezarán a ser felices esposas.

C. V.-V.